

La metafísica de la modernidad: la recuperación de lo real

Escribir el silencio. Ensayos sobre poesía y mística

JORGE CADAVID

Fondo Editorial Universidad Eafit, Medellín, 2013, 166 págs.

Un nuevo lente poético

EN SU primer libro de ensayos, *Escribir el silencio. Ensayos sobre poesía y mística*, el poeta y profesor Jorge Cadavid propone un nuevo canon poético que gira en torno al tema de la escritura del silencio, y reúne poetas desde el siglo XVII, españoles, hasta contemporáneos latinoamericanos y colombianos. Como el mismo autor lo afirma, a propósito de *El arco y la lira*: “Aún hoy en día, la lectura de *El arco y la lira* se convierte en un hecho capital para un joven escritor” [pág. 83]. Asimismo, este libro de ensayos nos lleva a repensar el fenómeno poético desde un lente novedoso: la mística y el silencio en la escritura poética en lengua española, renovando la reflexión sobre cómo escribir poesía en el mundo contemporáneo.

Si bien el autor explica que “Este libro no pretende construir una historia de la literatura hispanoamericana, mucho menos un panorama de ella” [pág. 8], podemos apreciar que en el prólogo propone una relectura de la modernidad a partir de la metafísica y el silencio: “Los ensayos que integran este volumen abarcan y a la vez caracterizan la órbita de una particular modernidad literaria atravesada por una línea metafísica que viene desde España y se re significa en Latinoamérica” [pág. 7].

¿Cómo se puede relacionar metafísica y modernidad, si tenemos en cuenta que uno de los cuestionamientos de la modernidad literaria es precisamente la actitud metafísica hacia la realidad? Recordemos que Nietzsche explica que la metafísica pretende tener y fijar una verdad, por lo que se opone a lo propio de lo real, es decir el cambio. La literatura, de esta manera, proyecta este pensamiento a partir de una reflexión sobre el papel metafórico del lenguaje y con esto muestra

que no hay posibilidad de asir lo real en su plenitud.

Por eso la propuesta de este libro permite resignificar el concepto de metafísica y devolverle a la poesía una de sus preocupaciones capitales: la relación del poema con lo sagrado.

Los orígenes de la modernidad metafísica

La primera parte del libro titulada “Peninsulares” empieza con un ensayo sobre Miguel de Molinos, sacerdote y teólogo del siglo XVII, quien pretende dar a conocer “El conocimiento íntimo de lo divino para todos” (Molinos, 1974, pág. 46) [pág. 13]. Además, Molinos ofrece una nueva manera de vivir la espiritualidad a partir de la doctrina quietista: “legado espiritual preludiado por los sufíes, saladíes y alumbrados hispanoafrikanos” [pág. 13].

Cadavid nos explica que dar a conocer el conocimiento metafísico es problemático ya que debe permanecer en secreto y por eso es condenado por los juicios de la Inquisición. Molinos tuvo que “retractarse o abjurar” en el proceso inquisitorial, evento que equivale, según el autor, a una “*grafofagia*” (Valente, 2008, pág. 120) [pág. 16]. Esta forma de engullir las palabras es interpretada por el ensayista como: “Devorar el verbo puro en Miguel de Molinos significa encarnar lo escrito, entrar en comunión con el texto: *autofagocitarse*” [pág. 17]. En este tipo de pasajes se aprecia la contención poética de estos ensayos que por momentos se hermanan con los del poeta argentino Hugo Mujica. Este pasaje en particular muestra que la modernidad de Molinos también radica en la posibilidad que nos ofrece Cadavid de releer su vida como un acto que prefigura la actitud poética contemporánea: hermanar lenguaje y carne.

Molinos es moderno no solo por su actitud transgresiva frente al dogma, sino también porque el pensamiento quietista que cuenta con cuatro escalas es enunciado como un límite, como una manera de habitar el umbral del pensamiento: “*La perplejidad*, que es el límite entre la ciencia y la gnosis” (Chevalier, 1986, pág. 236) [pág. 16].

Destacamos también el ensayo de Miguel Asín Palacios quien, según el ensayista, logra demostrar la influencia árabe en la poética renacentista

española. Por la misma vía de la transgresión, este autor de finales del siglo XIX y comienzos del XX nos permite repensar la poesía mística española de san Juan de la Cruz y de santa Teresa a la luz de la literatura árabe. Este cuestionamiento de la occidentalidad literaria española resulta ser una especie de contaminación de la pureza de las tradiciones. Cadavid expone en este ensayo que san Juan de la Cruz bebió de la “poesía extática y arrobada de místicos sufíes” [pág. 21] y anota que esta poética tiene una forma “ininteligible” [...], fruto de “concebir el lenguaje poético y con una tradición de poesía mística de desvarío voluntario” [pág. 21]. El acercamiento al conocimiento místico de los derviches giróvagos es a través del cuerpo y más precisamente de una danza que a nuestro juicio es de tipo dionisiaco en la que el sujeto busca salirse de sí mismo hasta alcanzar un delirio que solo el lenguaje poético puede restaurar.

El último ensayo de la parte de “Peninsulares” es sobre Emanuel Swedenborg, autor de tratados científicos y metafísicos del siglo XVII, y se ocupa de explicar la división que se opera en Occidente entre razón e intuición, a partir de la discusión entre Kant, quien afirma poseer la verdad de forma científica, y Swedenborg, quien tiene la posibilidad de abrirse hacia la ensoñación. Este autor fue admirado por románticos y simbolistas, ya que permitió conciliar ciencia, fe y arte, así como pensar la unidad del mundo.

En la primera parte del libro nos acercamos a una resignificación del concepto de metafísica, definida desde el prólogo como “todo aquel que se entretiene en ‘desconocer lo conocido’” (Juarroz, 1980, pág. 37) [pág. 7], y que nosotros sintetizamos en esta lectura como una búsqueda de las paradojas del ser que puede ser condenada por la Iglesia, y como un conocimiento de lo real que atraviesa la lógica y pone al sujeto en suspenso hacia el delirio. La primera parte deja planteada, así, una génesis de la relación poesía/metafísica que además constituye una modernidad literaria por sus investigaciones extáticas con la realidad.

¿Cómo escribir el silencio?

En la segunda parte del libro, titulada “Austerales”, encontramos una serie

de poetas contemporáneos latinoamericanos: Alejandra Pizarnik, Roberto Juarroz, Juan José Tablada y Octavio Paz, a partir de los cuales aparece la pregunta capital de la modernidad literaria en la poesía: ¿cómo escribir el silencio? Entre el siglo XIX y el XX, cuando el fallido proyecto de la Ilustración lleva a Occidente a las guerras mundiales, aparece el silencio literario como “Enfermedad del poeta, reflejo de la enfermedad del mundo” [pág. 64]. En el ensayo de Alejandra Pizarnik la escritura del silencio es proyecto estético central de su obra. Pizarnik, nos explica Cadavid, desarrolla una poética del fragmento y del balbuceo que la lleva a la “mudez” [pág. 64] y finalmente a la “afasia” [pág. 64]. “*La desestructuración del lenguaje*” [pág. 67] se constituye, de esta manera, como una retórica del silencio.

Este tipo de poética nos hace pensar en el filósofo francés Maurice Blanchot, quien expone cómo la escritura del silencio a partir de una lengua muda, muestra que la forma de encontrar la anhelada *unión* es en el fragmento que comunica la suspensión en una nada textual. Por esta misma vía, en el ensayo sobre *El arco y la lira*, Cadavid explica que para Octavio Paz la poesía es la revelación de la otredad del ser. Así las cosas, asistimos a una replanteamiento de la metafísica como un ser que no es unidad sino otredad. Dicha otredad, que también es silenciosa, se manifiesta gracias a la imagen poética que es metáfora del origen. Por su parte, en el ensayo sobre Juan José Tablada, autor mexicano nacido en el siglo XIX, hacemos un salto del silencio a una escritura del instante a partir de sus poemas haikú que además sintetizan pintura y escritura. De esta manera, la escritura sintética es otra de las formas de la sintaxis del silencio.

Gracias a la lectura de la segunda parte del libro, vemos cómo el poeta busca lo sagrado en la modernidad y se encuentra con la ausencia. La pregunta metafísica desemboca, ya no como en la primera parte, en un programa espiritual a seguir, sino en la retórica de la desestructuración, reflejo de la carencia del mundo. De este modo se abren nuevas vías de pensamiento, como por ejemplo la de la otredad del ser. La pregunta que nos hacemos es ¿cómo escribir después de haber visto

que la tradición que hermana poesía y metafísica va del delirio al éxtasis por la vía del cuerpo, y después, en la modernidad, cae en el balbuceo silencioso en el cual casi desaparece el mundo? La respuesta, a nuestro parecer, proviene del ejemplo de Juarroz en el que asistimos a una “indagación profunda sobre lo –más– que –real.” [pág. 69]. Esta poética es metafísica, según Cadavid, en el sentido de Macedonio Fernández: “la investigación de una sola especial emoción: la del desconocimiento de lo conocido” (Fernández, 1990, pág. 64) [pág. 71]. En este gesto que busca ir más allá de lo real aparente para interrogarlo, es en el que encontramos el giro poético propuesto por este libro de ensayos en el cual, por fin, aparece la posibilidad de una escritura propia, latinoamericana, que produce un sentido poético más allá y más acá de la travesía del silencio: “la realidad juarrociana no busca *otra realidad* distinta de ésta [...] mirada obligada, lúcida en profundidad, sobre la realidad como multidimensionalidad” [pág. 74]. Según Nietzsche, la actitud metafísica le da la espalda a la realidad cambiante para fijar una verdad. Sin embargo, con el ensayo de Juarroz, la actitud metafísica es, a diferencia de lo planteado por el filósofo alemán, investigar las posibilidades de lo real.

El mundo recuperado

En la tercera parte titulada “Insulares”, dedicada a la poesía colombiana, es en la que, a nuestro parecer, con dos ensayos dedicados a Elkin Restrepo y a José Manuel Arango, reaparece el mundo concreto como un gesto poético novedoso. El primer poeta, explica Cadavid, desarrolla una reflexión de la vida cotidiana: ya no es la experiencia de la nada a la manera de Maurice Blanchot, ahora se trata de explorar lo que acontece en el día a día y encontrar, gracias a la mirada, otros espacios en lo real. Así, la pregunta metafísica desemboca en una nueva forma de mirar lo conocido: “La poesía me ha enseñado que es en la trivialidad y en el suceso banal, ¿y cuál suceso no lo es?, y no en los mundos ideales, remotos, donde paradójicamente reside el misterio de las cosas” (Restrepo, 2002, pág. 10) [pág. 96]. Los temas de las apariencias, la luz y el instante son centrales en esta obra. La pregunta por la escritura

del silencio sigue vigente pero con una variación: el silencio de lo real es ese misterio que se revela en lo aparente.

Cabe destacar en el ensayo sobre José Manuel Arango la continuidad de los rasgos de Restrepo, con una distinción ya que Cadavid hace énfasis en la dimensión fenomenológica de la escritura que nombra lo que es, por fuera de la dimensión metafórica: “En sus parpadeos la escritura se hace entrecortada, escueta, a veces fragmentaria en un mar de apuntes” [pág. 106]. Podemos entrever cómo José Manuel Arango recupera rasgos de la retórica del silencio y le agrega a la pregunta metafísica una actitud fenomenológica. Lo anterior se puede resumir con la cita de la poeta cubana Fina García Marruz: “La poesía no tiene hoy otro tema que el del ojo mismo, está obsesionada por su propia pupila fija. De aquí que se esté devorando a sí misma y que busque desesperada una *nueva objetividad*” (Marruz, 2003, pág. 78) [pág. 105]. La nueva objetividad poética es el cuestionamiento metafísico que supone una voluntad de ver en los objetos aquello que está más allá del objeto: “Su mirada atraviesa los objetos: mirar es para el poeta un movimiento del espíritu” [pág. 107].

Después de haber propuesto un recorrido de lectura en el que omitimos ensayos como los de “Los herejes españoles”, y Juan Goytisolo en la primera parte, y los de “Un bel morir para Maqroll, el Gaviero”, Rogelio Echavarría y Mario Rivero en la tercera parte, que integran la escritura del silencio de formas novedosas, muy importantes pero diferentes a las analizadas en esta reseña, podemos decir que este libro nos lleva a replantear la problemática de la escritura contemporánea de la poesía y las implicaciones que esta pregunta tiene sobre la reflexión de la relación poesía/realidad. A la pregunta que nos hicimos sobre cómo escribir poesía después del balbuceo, de la nada y de la carencia, pudimos responder gracias a las propuestas de *Escribir el silencio* que, al ser la pregunta metafísica en el mundo contemporáneo una exploración de la realidad, escribir poesía hoy es “desconocer lo conocido” (Juarroz, 1980, pág. 37) [pág. 7]. Esto significa acceder a las posibilidades de lo real que la poesía nos permite re-descubrir: refundar el mundo.

María Paz Guerrero